



Vol. 13, No. 1, Fall 2015, 331-340

Review/Reseña

Jaime M. Pensado. *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture During the Long Sixties*. Stanford: Stanford University Press, 2013.

De rebeldes sin causa, padrinos del relajo, porros y subversivos: formación y antagonismo de culturas políticas durante la Guerra Fría mexicana

Adela Cedillo

University of Wisconsin—Madison

Rebel Mexico es un estudio novedoso sobre la relación entre la cultura política postrevolucionaria y la transformación de un sector del estudiantado de la Ciudad de México en un actor político central durante la Guerra Fría, específicamente en las dos décadas que precedieron al movimiento estudiantil de 1968. Pensado rastrea el origen de la visión que ligaba los conceptos de joven, estudiante y revoltoso, la cual configuró el imaginario sobre el “problema

estudiantil”, compartida por actores con filiaciones políticas diversas de centro y derecha, e incluso de izquierda. El autor explora la cultura estudiantil, el clientelismo político y la violencia, ofreciendo un panorama complejo que rebate la interpretación del movimiento estudiantil de 1968 como un hecho aislado y excepcional. Así, queda de manifiesto que muchas de las características del movimiento del ’68 se gestaron en movimientos estudiantiles previos, como el de 1956 en el Instituto Politécnico Nacional (IPN) y el de 1958 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), largamente ignorados por la historiografía, pero a los que Pensado concede una importancia central como hitos de la formación de una nueva cultura estudiantil.

La obra, dividida en tres partes y nueve capítulos, sigue una secuencia cronológica que se anuda en torno a los movimientos estudiantiles de los años 1956, 1958 y 1968 y la recepción de la revolución cubana en 1959. La propuesta del libro se sitúa dentro de la corriente historiográfica que refuta la idea de que la hegemonía priísta (desde el PRI-partido revolucionario institucional) fue una era de paz social, al enfatizar que la estabilidad política, el rápido crecimiento económico y la consolidación de la clase media fueron paralelos a un creciente malestar social y a la exclusión de grandes sectores de la población del “milagro económico”, lo que provocó que el Estado reforzara sus mecanismos de expansión, control y represión. Pensado revisa detenidamente los cambios estructurales por los que atravesó México durante la era del desarrollo estabilizador, los cuales tuvieron un impacto diferenciado en la educación superior. La UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México)—que había ganado su autonomía en los años 30—fue privilegiada por el gobierno como símbolo de la modernidad, escuela de formación de cuadros políticos para el régimen e instrumento de movilidad social para la clase media, mientras que el IPN (Instituto Politécnico Nacional) fue visto como una institución para los hijos de

los trabajadores y baluarte de las políticas cardenistas de corte populista. El gobierno promovió fuertemente la rivalidad entre la UNAM y el Politécnico, desde los deportes—como el fútbol americano—hasta la enorme brecha en la asignación de presupuesto entre una y otro.

Pensado revisa detenidamente los mecanismos del sistema político autoritario, corporativo y clientelista y la manera en que el Estado posrevolucionario los impuso como parte de su proceso de consolidación hegemónica en todas las instituciones políticas y sociales, incluidas las escuelas de educación superior. El autor analiza los casos de la UNAM y el IPN—incluyendo sus respectivas preparatorias y vocacionales—atendiendo a la formación de las jerarquías de poder, las redes de clientelismo y la función intermediaria de los líderes carismáticos *charros*—equivalentes a caciques urbanos—al interior de las organizaciones estudiantiles, así como también la de *porros* y provocadores. Pensado argumenta que el *porrismo* era simultáneamente un mecanismo de represión extralegal y conciliación empleado por el gobierno y las elites políticas rivales en las escuelas de educación media y superior para hacer frente al ascenso de la política estudiantil radical. A su vez, el radicalismo estudiantil fue no sólo causa sino también efecto del *porrismo*, pues ambos se engarzaron en una espiral de antagonismo. El autor prueba de forma contundente que los proyectos de modernización, progreso, unidad nacional, centralización y burocratización de los que tomaron parte estas instituciones educativas, fueron acompañados de la expansión del caciquismo en sus variantes de *charrismo* y *porrismo* estudiantiles.

Pensado expone la enorme inversión del Estado mexicano en la construcción de diversos mecanismos de control, mediación y cooptación, dejando al descubierto la paradoja de que las políticas populistas y la represión fueran frecuentemente de la mano. No obstante, el autor propone que dichos recursos fueron un medio para

reducir la presencia de los militares en la política y disminuir el uso abierto de la fuerza, en un esfuerzo deliberado del gobierno para distinguirse de sus pares latinoamericanos. Aunque el debate sobre el papel del ejército mexicano durante la guerra fría excede los objetivos de la obra, no se puede perder de vista que la consolidación de un gobierno civil se basó no sólo en los mecanismos descritos por Pensado, sino también en la satisfacción de las demandas de la elite militar y en la conformación de un sistema extralegal que convirtió al ejército en la institución más privilegiada del periodo. El hecho de que el ejército fuera el actor que protagonizó la guerra sucia a partir de 1964 y hasta principios de los años 80, evidencia que el sofisticado aparato de clientelismo, cooptación y represión ordinaria no bastaba para asegurar la hegemonía del PRI.

Pensado muestra que durante los “largos años sesenta” (1956-1971) hubo corrientes dentro del estudiantado que resistieron de distintas formas tanto la imposición del proyecto de modernidad del Estado como la política mafocrática que permeaba a las escuelas de educación superior. Los estudiantes universitarios y politécnicos fueron inducidos a una aspiración de modernidad, traducida en el consumo clase-mediero como estilo de vida. Una forma de rechazo a este modelo se produjo a través de lo que el autor denomina como la “política del relajo” y su expresión más agresiva, el “desmadre”, mas esto no era algo inherente a la juventud, sino una construcción cultural que permitía a los jóvenes buscar un espacio de libertad y autonomía personal, al margen del statu quo, las convenciones sociales, y el ideal priísta de modernidad. Así, si bien la política del relajo surgió entre sectores pobres de la juventud urbana—imposibilitados por el propio sistema para devenir modernos—fue apropiado también por un sector de la clase media y los *juniors*. Los filmes estadounidense sobre rebeldes “salvajes” y “sin causa” tuvieron el ambiguo efecto de servir como referentes de imitación para estos jóvenes y como fuente de estereotipos difuminados por los

medios de comunicación. Uno de los aspectos más originales de la obra es el enmarcamiento del relajo en el ámbito de lo político y la revelación de la manera en que los “padrinos del relajo”—políticos o empresarios—favorecieron esta conducta en aras de despolitizar a la juventud e incorporarla a su estructura clientelar.

El activismo estudiantil, por otra parte, fue uno de los principales bastiones contra las políticas de Estado y contra el Estado mismo. Pensado muestra que éste se caracterizó por un lenguaje de disenso internacional en el que los estudiantes asumieron el rol de protagonistas de cambios democráticos o revolucionarios, enarbolaron nuevos repertorios de lucha y abrieron espacios de contienda dentro y fuera de sus escuelas. Este nuevo universo de espacios y estrategias se integró por estaciones de radio, periódicos contraculturales, propaganda impresa, cineclubs, asambleas independientes, mítines relámpago y brigadas informativas, popularizados durante 1968 pero en curso desde fines de los años 50. Para el autor, los hitos que marcaron la dirección de la política estudiantil en estos años fueron: la huelga de 1956 en el IPN y la del 1958 en la UNAM, las movilizaciones sindicales contra el charrismo (1956-59) y la revolución cubana (1959). Asimismo, Pensado sugiere que la ocupación militar del IPN de 1956, el uso continuo de los granaderos para reprimir movimientos sociales y el encarcelamiento de líderes sindicales, estudiantes e intelectuales de izquierda propiciaron el nacimiento de la “nueva izquierda”, crítica de la incompetencia de su antecesora, de la naturaleza autoritaria del Estado postrevolucionario, de la degeneración de la revolución mexicana y de la retórica anquilosada en defensa de los valores tradicionales.

Para Pensado la huelga estudiantil de 1956 fue novedosa porque, por un lado, fue la última en demandar el retorno a la política popular cardenista, y por el otro, fue la primera masiva en su género, la primera en desafiar nociones de poder y autoridad en

público y la primera en sugerir un incipiente concepto de democracia y nuevas estrategias de lucha callejera. Además, fue también la primera huelga en la que el gobierno usó al ejército para reprimir una protesta estudiantil pacífica (con escasos tintes de acción directa), empleando la lógica de que el estudiante era una “amenaza subversiva a la nación”. Cabe añadir que el trágico desenlace de la huelga (la “operación P”) inauguró la tradición militar de ocupar universidades y disolver movimientos estudiantiles, anticipando así la lógica contrainsurgente que permearía al instituto armado durante los años sesenta.

Pensado también resalta la importancia de la huelga de 1958 en la UNAM, en apoyo a la huelga de camioneros, proponiendo que fue una respuesta directa a la consolidación del charrismo tanto en el ámbito laboral como en el universitario y una crítica al autoritarismo expresado en leyes como el artículo 145 que tipificaba el delito de disolución social. Esta breve huelga permitió que los estudiantes universitarios construyeran una identidad colectiva como estudiantado, superpuesta a las barreras de clase que los habían mantenido separados de sus contrapartes politécnicos y normalistas. Posteriormente, la revolución cubana dio un nuevo impulso ideológico al movimiento, favoreció la política estudiantil radical y la creación de nuevos espacios de lucha, lo que contribuyó al surgimiento de una “nueva izquierda”. Distante tanto de la vieja izquierda que había olvidado los principios sociales de la revolución mexicana, como de la izquierda ortodoxa comunista, la nueva era identificable por sus demandas democráticas y su aceptación del “desmadre festivo” y la irreverencia en el repertorio de lucha, así como por su defensa de la violencia legítima. A esta radicalización sobrevino el ascenso de la política reaccionaria y la violencia entre grupos de signo opuesto, lo cual contribuye a explicar el ambiente de crispación en que un incidente entre pandillas de escuelas

preparatorias rivales devino en el poderoso movimiento estudiantil del '68.

Es controversial que el autor plantee la democracia y la violencia como una dicotomía, según la cual, los estudiantes habrían incurrido en una contradicción al invocar el uso legítimo de la violencia en nombre de la democracia. Algunas de las democracias occidentales del periodo—especialmente las que se planteaban como modelos universales de democracia, como Estados Unidos y Francia—ejercieron niveles de violencia no muy distintos a los de las dictaduras del tercer mundo para combatir a los movimientos sociales y revolucionarios dentro y fuera de sus países. Por otra parte, el mismo régimen priísta, que se preciaba de democrático, fundaba su legitimidad política en la revolución. Con tales modelos a la vista, dentro de la cultura política del estudiantado el antagonismo entre democracia y violencia era, en el mejor de los casos, nebuloso. Quienes criticaban a los estudiantes por sus ataques contra la propiedad privada, la ocupación de espacios públicos o la profanación de símbolos religiosos, también parecían olvidar los cimientos del Estado postrevolucionario.

Pensado describe la manera en que las autoridades, los medios y ciertos intelectuales públicos contribuyeron a la percepción del estudiante “revoltoso” como enemigo del país, conjugando la noción del “problema estudiantil” con el imaginario de la conjura comunista internacional propio de la guerra fría. El estudiante, presuntamente influido por ideologías foráneas y susceptible de ser manipulado por “manos extrañas”, condensó así los miedos difusos y el sentido de amenaza contra la unidad nacional, la mexicanidad, la estabilidad social, el progreso económico y hasta la familia y los roles de género tradicionales. Este tipo de estudiante no existía al margen de la propaganda, pues como enfatiza el autor, lo que prevalecía era un estudiantado altamente faccionalizado. Por otra parte, Pensado muestra que el PRI ni era monolítico ni consolidó un monopolio de la

represión, pues partidos de ultraderecha y del sector privado también promovieron ataques contra la izquierda y los movimientos sociales, así como el porrismo dentro de las escuelas. De esta forma, el libro secunda la visión de que si bien el PRI era el partido hegemónico, el poder político se disputó y negoció entre diversos grupos corporativos a través de una compleja red de camarillas y clientelismo.

Aunque Pensado describe de forma somera el movimiento estudiantil de 1968, propone una nueva forma de enfocarlo a partir de lo que denomina como el “excepcionalismo conservador mexicano”. El autor refuta la interpretación que sobredimensiona la simpatía de la ciudadanía por los activistas estudiantiles, mostrando que virtualmente todas las facciones de la derecha se unificaron contra el movimiento en defensa de la soberanía nacional, los valores religiosos, la buena educación y la protección de la imagen de México ante el exterior. Asimismo, el imaginario anti-estudiantil forjado por los medios en las décadas previas se tradujo en apoyo popular a la decisión presidencial de utilizar al ejército para disolver el mitin del 2 de octubre en Tlatelolco. La masacre, sin embargo, no fue una demostración de fuerza sino de debilidad, puesto que expuso los límites del poder de Estado: sus mecanismos de control fracasaron y sólo quedó el recurso de la fuerza bruta.

Por otra parte, siguiendo la historiografía convencional, Pensado plantea que las matanzas de Tlatelolco y el llamado “halconazo” de 1971 fueron el punto de inflexión que propició la radicalización extrema de un sector de la nueva izquierda, obviando por completo la existencia de grupos armados y guerrilleros por lo menos desde 1962, tras la matanza del líder campesino Rubén Jaramillo junto con su familia. Como parte del llamado que el autor hace para apreciar la diversidad de la generación del '68, habría que incluir a la ultraizquierda partidaria de la lucha armada, que tuvo

una presencia reducida pero significativa dentro del mosaico de actores de los movimientos estudiantiles del periodo.

Una de las falencias de la obra es que está exclusivamente enfocada en la Ciudad de México, sin ofrecer un contexto nacional, como si lo que hubiera acontecido en la “periferia” hubiera tenido escaso o nulo impacto en el centro. El autor soslaya así las poderosas movilizaciones estudiantiles de los largos años sesenta que se produjeron en la mayoría de las universidades y centros de educación superior del país, decisivas para que el estudiantado se pensara a sí mismo como un actor nacional y para que se propagara la cultura revolucionaria de izquierda entre la juventud politizada de toda la república. La observación de los métodos de represión en la “periferia”, donde la intervención del ejército era más recurrente, evidencia que las dinámicas políticas del centro eran diferentes a las del resto del país.

La obra está basada en una investigación muy sólida y un manejo creativo de fuentes. El autor realizó una revisión minuciosa de la historiografía del periodo, consultó una docena de archivos y empleó fuentes novedosas o poco trabajadas relativas a los movimientos estudiantiles previos al 1968, tales como manifiestos, panfletos, periódicos y boletines, obra gráfica y filmes, los cuales revelan los orígenes profundos de la cultura política estudiantil. De interés especial también son los reportes de los informantes (*orejas*) de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) que evidencian la ambivalencia de las autoridades hacia los porros, por un lado financiando o solapando sus actividades y por el otro persiguiéndoles cuando ya no eran útiles como intermediarios entre las autoridades y los estudiantes. Los más eficaces entre ellos, en cambio, fueron incorporados al sistema como agentes de la DFS o funcionarios públicos. Pensado también llevó a cabo una serie de entrevistas con personajes clave que sirvieron de intermediarios entre las actividades políticas y culturales, tales como el célebre Luis “Palillo” Rodríguez,

con líderes estudiantiles importantes, como Nicandro Mendoza, e incluso con algunos porros. Debido a que hasta 1968 los movimientos estudiantiles eran fundamentalmente masculinos y las mujeres eran relegadas a papeles de género tradicionales, la perspectiva de estas no es tan visible, sin embargo, en la obra se muestra el momento en que las estudiantes comenzaron a penetrar la esfera pública a fines de los cincuenta, ganándose con ello el calificativo de revoltosas.

Rebel Mexico no sólo es una obra original y amena, sino también una referencia obligada para comprender el origen del “problema estudiantil” y para poner en perspectiva histórica el drama de Tlatelolco. En 2014 se hizo acreedora al *Mexican History Book Prize*.